

# Un arte en situación

Escribe: MARIO RIVERO

El arte de nuestro tiempo se ha lanzado a posiciones verticales y extremas capaces de provocar el escándalo. Esta condición beligerante le es necesaria como afirmación de su vitalidad, vitalidad que es el principio mismo del arte. Un examen de las disciplinas artísticas heredadas, hecho a la luz nueva de un tiempo nuevo, elimina prejuicios, derrumba certezas y viola los usos atribuidos por la costumbre a esas disciplinas estandarizadas mediante las cuales lo tradicional y colectivo pretende reprimir lo individual y anti-conformista. Estas revisiones que jalonan la historia del arte, determinan lo que se ha dado en llamar el momento estético y que como todo cambio en profundidad no puede ser sino el producto de una rebelión. La palabra en sí misma, en su pulposa expresividad provoca resistencias. Las academias, de momento, no garantizan un orden nuevo, y la opinión pública siempre dirigida y orientada desconfía o se espanta ante la imposibilidad de asimilar la variante producida por factores diversos de los cuales quizá el más determinante es que la forma cambia cuando cambia la función y así las formas antiguas se vician de nulidad en su incapacidad para expresar las funciones nuevas.

En todo tiempo se desarrolla un sentimiento que en forma manifiesta o soterrada presiona al arte hasta quebrar sus estructuras, para que entregue lo suyo, en su momento. El sentimiento de la temporalidad del hombre es el sentimiento que esta época reivindica. El sentido angustioso del "aquí" y el "ahora". La idea de fugacidad que el hombre actual y muy especialmente el artista experimenta de un modo tan lúcido y que concurre al nacimiento de un arte, en el que no faltan como lo pretenden sus enemigos, ni la belleza, ni la realidad, ni nada del mundo, ni nada del hombre, pero concebido de distinta manera. Con proporciones y disposiciones y con ingredientes acomodados a nuevas presiones. A un tiempo nuevo. A un nuevo estilo de vida.

Nuestra hora destaca un arte realista, aparentemente hecho sin admiración ni respeto por lo clásico, por lo falsamente idealizante. Con incorporación de lo brutal: fuego y estiércol, amasijo del hombre remitido a categoría artística, en uno de los muchos modos posibles en el hirviente fluir del arte contemporáneo. Arte vivo y entero. Todavía sin la canonización de la muerte y sin el respaldo de los si-

glos y que por lo tanto puede rebajarse y escarnecerse aun por los mismos que se enorgullecen de fenómenos igualmente modernos —igualmente incomprensibles— como el avión o el teléfono.

El mayor reproche y quizá el más generalizado que se formula al arte moderno, es el de que ha aniquilado la belleza. Con el sentido de que belleza es algo preciso e inmutable, colocado fuera del hombre, y que el exclusivo fin del arte es cortejarla y trasladarla literalmente. De este error inicial parten muchas de las equivocaciones ulteriores. Para desembarazarse de este prejuicio debe entenderse que lo bello en arte es algo distinto de lo bello en bruto. Podría decirse lo bello creado contra lo bello dado. Algo que faltaría al mundo si el hombre no hubiese estado dotado de capacidad para engendrarlo. Esta belleza fabricada, premeditada, lenta y hermética al principio, se abre de pronto coherente y rápida a quien se esfuerza en comprenderla.

También se ataca a la pintura moderna desde la posición de que un niño sería capaz de hacerla. Es sabido que uno de sus fundamentos se presenta precisamente como un recomienzo. Un deseo o más bien una necesidad de retornar a la lisa y auroral visión primitiva. Pero lo que parece no saberse, es que para llegar a esta forma residual, quintaesenciada, es necesario antes haberlo visto todo y haberlo también aprendido todo. El artista reposa entonces su problema, estudia sus medios, los repiensa y se simplifica hasta su visión esencial.

El otro flanco para el ataque lo ofrece la composición geométrica. Un lugar común es la broma a ex-

pensas de Picasso sobre si el cuadro se coloca de uno o de otro modo, intentando en forma simplista reducirlo a derecho y revés como cualquier pueril objeto de adorno y confundiendo así el arte con la artesanía. Un Picasso será siempre pintura: nervio y sangre. Por la misma, única y excelente razón que hace que algo sea algo. Porque es presencia, organismo, perfecta geometría que al igual que una identidad sensible permanece siempre fiel a sí misma, expuesta de una o de otra manera.

La realidad construída, alejada de la realidad sensorial, muy frecuentemente resulta inerte, incapaz de excitar la sensibilidad todavía condicionada a lo que es fácilmente reconocible. Cuando no se encuentran los apoyos familiares hay cierta reacción mecánica de repulsa. Al no poder identificar una entidad, se abandona la idea de comunicación y el misterio que se esconde detrás de esa apariencia permanece inédito y aun puede considerarse ilegítimo.

Pero es que el artista moderno, no puede limitarse a reproducir pasivamente lo que ya se conoce. El arte es para él un estado de conciencia intensificado y no un estado afectivo. Es expresión y no sentimiento, y por fundamental que sea el momento de la emoción como principio creador, no se trata sin embargo solo de ella. Su arte comienza cuando impulsado por una más alta necesidad interior, desafía la potencia destructora del mundo, en lucha no por sobrevivir, ni por desahogarse sentimentalmente, sino por pensar sobre la piel de la tierra. Se esfuerza entonces, mediante los medios de representación de que dispone por convertir en

materia artística ciertas cosas que le son propias y que no podrían ser dichas de otra manera.

Nada de lo que es del hombre permanece inalterable. La sensibilidad artística está sujeta a las transformaciones que sufre la personalidad de acuerdo con la edad y las vivencias particulares. Es apenas natural que cambie con las épocas y que presente las diferencias que conforman las distintas individualidades y definen los distintos comportamientos artísticos..

Pero hay una cultura, ligada a cierta decadencia y que en cualquier sentido se aferra al arte como a un buen medio para gozar. Quien toma lo ocioso y lo placentero como patrón de su actividad, es insignificante en cualquier terreno y lo es más en el sentido del arte que exige para ejercerlo la pasión y para comprenderlo la participación dramática y comprometida.

La vida produce ininterrumpidamente lo nuevo y el enfrentamiento entre lo viejo y lo nuevo sacude en todos los frentes a esa misma vida. Con cada nueva generación nacen de nuevo todas aquellas fuerzas que han de volverse productoras, motoras o consumidoras del arte. Cada grupo generacional actúa como fuerza de choque al atreverse a

postular un modo diferente. A veces también un mundo diferente, pues cambiar el arte es también cambiar el comportamiento.

La historia de los estilos artísticos, de los "ísmos", su lucha por imponerse, es la historia de los artistas. De esos hombres que dan la batalla con los dientes apretados y que en la soledad y el rechazo desafían el orden viejo y edifican el nuevo no para que dure eternamente sino para que tenga la vigencia y la significación que el tiempo le asigne.

Las generaciones precedentes que ya dieron lo suyo en su momento, están atrás, juzgadas, calibradas y explicadas. Pueden descansar en paz porque no deben pretender los muertos seguir inmovilizando a los vivos. Algo de ellos quedará necesariamente en el proceso de integración de consecuencias que es la cultura. Pero para las voluntades de vanguardia todo está como en la primera mañana del mundo encarnado en su hacer.

En ese posible siempre ofrecido. Y más aún, en lo inaudito, lo inédito que los espera para instalarlos en el porvenir auténtico de los hombres que entendieron su tiempo y que al decir de Sartre deben también un día aprender a morir con él.